

**Artículo de investigación**

**Cómo citar:** Escobar Gómez, J. (2023). Enseñanzas de la paz en medio del conflicto en la Comuna 13 de Medellín. *PRA*, 23(34), 16-48. <https://doi.org/10.26620/uniminuto.praxis.23.34.2023.16-48>

**ISSN:** 0124-1494

**eISSN:** 2590-8200

**Editorial:** Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO

**Recibido:** 05 enero 2023

**Aceptado:** 10 febrero 2023

**Publicado:** 30 mayo 2023

**Conflicto de intereses:** los autores han declarado que no existen intereses en competencia.

# Enseñanzas de la paz en medio del conflicto en la Comuna 13 de Medellín

## Lessons of peace in the midst of conflict in the Comuna 13 of Medellín

## Ensinamentos de paz em meio ao conflito na Comuna 13 de Medellín

### Resumen

Durante el 2002, la Comuna 13 de Medellín vivió una serie de operaciones militares, entre ellas Mariscal y Orión, que marcaron su historia y la percepción que se tiene de este territorio. A pesar de las inversiones urbanísticas que diferentes administraciones han realizado para que el Estado tenga presencia en este territorio, se puede ver que estas han sido insuficientes para la transformación social de la comuna, dado que para lograr esta se debe tener mayor participación de las juventudes en proyectos que incluyan el arte, la música, la danza y la educación. El presente artículo analiza las operaciones militares del 2002 y la actual percepción que se tiene de este territorio de la ciudad de Medellín, a la luz de la enseñanza de la paz al interior de las aulas de clase para generar ideas de educación para la paz.

**Palabras clave:** Comuna 13, educación, enseñanza, operaciones militares, paz.

**Julián Andrés Escobar Gómez<sup>1</sup>**

Institución Educativa Carlos Vieco  
Ortiz: Medellín, Antioquia, CO.  
elprofeta91@gmail.com  
<https://orcid.org/0000-0003-1113-244X>  
Colombia



.....  
1 Magister en Educación y licenciado en Filosofía por la Universidad de Antioquia. Actualmente es el tesorero del Centro de Estudios Clásicos y Medievales Gonzalo Soto Posada (Cesclam GSP) y docente de aula en el marco de las ciencias sociales, historia, geografía, constitución política y democracia para la Secretaría de Educación de Medellín.

## Abstract

During 2002, Comuna 13 of Medellín left some military operations, between them we have Mariscal and Orión, the most popular. These military operations broke the Comuna 13 history and the social perceptions of this place. Despite of urban investment from different administrations wherewith the government wanted to have more control and presence at this territory, it can be seen insufficient for the social transformation of Comuna 13 given that to achieve this, there must be greater participation of youth in projects that include art, music, dance and education. This article analyzes military operations from 2002 and the actual perception of Comuna 13, in light of teaching of peace into classrooms from High Schools to generate ideas of education of peace.

**Keywords:** Comuna 13, education, military operations, peace, teaching.

## Resumo

Durante 2002, a Comuna 13 de Medellín abandonou algumas operações militares, entre elas temos Mariscal e Orión, as mais populares. Estas operações militares quebraram a história da Comuna 13 e as percepções sociais deste lugar. Apesar do investimento urbano de diferentes administrações com que o governo pretendia ter mais controlo e presença neste território, pode-se ver insuficiente para a transformação social da Comuna 13 visto que para o conseguir deve haver uma maior participação dos jovens em projectos que incluam arte, música, dança e educação. Este artigo analisa as operações militares de 2002 e a percepção atual da Comuna 13, à luz do ensino da paz nas salas de aula do Ensino Médio para gerar ideias de educação para a paz.

**Palavras-chave:** Comuna 13, educação, operações militares, paz, educação, ensino.

## Introducción

La Comuna 13, situada en la zona centro occidental de Medellín, ha vivido una época que se puede denominar como la de “la violencia”, cuyo final resultó en una serie de intervenciones militares durante el 2002, las cuales impactaron este territorio. Las más recordadas en la actualidad son la Operación Mariscal (en mayo de 2002) y la Operación Orión (en octubre de 2002), las cuales reportan la eventual salida de grupos milicianos del territorio, entre los que se encuentran las extintas guerrillas de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, Ejército del pueblo (Farc-Ep), el Comando Armado Popular (CAP) y el aún existente Ejército de Liberación Nacional (ELN). La idea de intervenir militarmente la comuna se gestó dadas las condiciones de vida de los pobladores que se presentaban en ese momento y en ese lugar, y la intención del gobierno local (Alcaldía) y el apoyo recibido por el Estado (presidencia) para recuperar el orden y el control de este espacio con el fin de garantizar la vida, la integridad y la seguridad de quienes lo habitaban. Aunque, para esto hubo que combatir con fuego las escenas que se presentaban en el territorio, tal como se verá en el primer apartado del presente escrito.

Posteriormente a esos hechos de violencia que han ocurrido en la Comuna 13, se han implementado proyectos para fortalecer la presencia del Estado en ella y así procurar una mayor seguridad y la aplicación del principio de oportunidades para todos. Este plan fue denominado en su momento como Proyecto Urbanístico Integral (PUI), que comenzó con la administración del alcalde Sergio Fajardo Valderrama (2004-2008) y continuó su homólogo Alonso Salazar (2008-2012). En este marco, se han realizado diferentes intervenciones al interior de la Comuna 13, pero ya no militares. Se construyó un mega colegio y la sede principal de otro cuyas necesidades afloraron luego de la toma de control por parte de las autoridades en este territorio, también se consolidó la renovación de la carrera 99 para convertirla en un espacio comercial y se crearon otros espacios como la Pantalla de Agua, las escaleras eléctricas al aire libre, para convertir esta comuna en un lugar turístico y así darles a sus habitantes la posibilidad de ganarse el sustento con empleos dignos. Además, se fortalecieron otros espacios, como el parque biblioteca Presbítero José Luis Arroyave Restrepo, en el barrio San Javier, y la Ciudadela Universitaria, que anteriormente fue

un centro penitenciario, para que la comunidad viviera de otra forma su territorio y le diera a este un significado diferente al que tenía en los años anteriores a la operación Orión.

No obstante, esta Comuna ha vivido otros tiempos en los cuales, al parecer, ha habido un recrudecimiento de la violencia. A pesar de las intenciones por recuperar el control, otorgar otras oportunidades a la comunidad y consolidar una mayor presencia estatal en este territorio, parece que este tiene la necesidad de una intervención más profunda, no estribando en aspectos militares o la construcción de nuevos edificios, sino en la enseñanza de que otro modo de vida es posible, en donde cada quien tenga la oportunidad de cortar con los pensamientos violentos a los cuales han sido sometidos por años y así construir nuevamente el tejido social de la comunidad, para que ellos mismos decidan el camino de la no-violencia.

La cuestión estriba en que aún después de 20 años de las operaciones militares, todavía existen símbolos que a los habitantes de la Comuna 13 les hacen recordar su pasado violento y, al parecer, aún existen episodios de dolor frente a los cuales todavía no se toman las medidas necesarias para sanar las heridas de quienes padecieron aquellos hechos de violencia. El sitio conocido como la Escombrera, la fosa común más grande del mundo, resulta un lugar donde se gesta la memoria y hace recordar a las madres o las familias de quienes han desaparecido en Orión que todavía hay sillas vacías en los hogares de los habitantes de la Comuna 13, así que sus corazones no estarán tranquilos hasta encontrarlos.

Dadas estas consideraciones, la pregunta fundamental que se plantea para este artículo, el cual deriva de la investigación que el autor ha venido desarrollando para optar por el título de magíster en Educación en la Universidad de Antioquia, resulta ser la siguiente: ¿cómo la educación contribuye a que las escenas de dolor y desgarramiento por episodios de violencia acaecidos en el pasado puedan sanar, y así construir una sociedad distinta, en la cual las nuevas generaciones no vivan los albores de la guerra sin olvidar aquello que han vivido sus padres? En lo sucesivo, se intentará llegar a algunas conclusiones que pretenden responder este interrogante.

## Comuna 13

Dado que en el desarrollo de este documento se hablará acerca de la Comuna 13 - San Javier, situada en Medellín (Colombia), es necesario hacer una caracterización preliminar de ella para aquellas personas que no lo conozcan. Así pues, se partirá de algunos datos para que se comprenda, en términos generales, la situación geográfica de esta comuna, considerada como uno de los lugares populares de Medellín, donde la mayor parte de la población posee ingresos bajos debido a la cantidad de trabajos informales que se realizan por parte de sus habitantes. Además, para comprender un poco más acerca de su posicionamiento geográfico habría que apoyarnos en autores como Zapata González (2017) cuando nos afirma que:

La Comuna 13 San Javier está ubicada en la parte centro occidental de la ciudad, tiene un área de 74,2 km<sup>2</sup> equivalentes al 37,6 % del área de la zona y al 6,2 % del área urbano de Medellín. Conforman, junto con la comuna 11 - Laureles Estadio y 12 - La América, la zona 4 Centro Occidental. Limita por el norte con la Comuna 7 - Robledo; por el oriente, con la Comuna 12 - La América; sur con el corregimiento de Altavista y al occidente con el corregimiento de San Cristóbal.

San Javier está compuesta por 19 barrios: El Pesebre, Blanquizal, Santa Rosa de Lima, los Alcázares, Metropolitano, la Pradera, Juan XXIII la Quiebra, San Javier N°1, San Javier N°2, Veinte de Julio, Belencito, Betania, el Corazón, Las Independencias, Nuevos Conquistadores, El Salado, Eduardo Santos, Antonio Nariño y El Socorro, según el acuerdo municipal 346 de 2000. (p. 47)

Ahora bien, más allá de esta división geográfica y administrativa, se puede decir que dentro de cada uno de estos barrios existen una serie de sectores que, si bien no son avalados por la Alcaldía, son conocidas por los moradores del territorio. Es habitual encontrar en cada barrio sectores nombrados por sus seudónimos, en ocasiones grotescos, como "la Y", "los comeyuca", "los caballos", "la luz del mundo", "la oscuridad", "la agonía", "cuatro esquinas", "el chispero", entre otros. Estos nombres se deben a que, en épocas anteriores, han fungido como fronteras invisibles, es decir, como lugares que no pueden ser atravesados por extraños, por personas desconocidas del sector, ya que los actores armados podían retener a la persona hasta esclarecer cuáles eran sus intenciones al visitar el sitio o ser asesinadas.

De otro lado, es importante anotar algunas características que, según otros autores, han contribuido al establecimiento del conflicto al interior de la Comuna 13. En cierto modo, Aricapa (2015) nos menciona la historia de cómo se conformaron los barrios de este espacio, lo cual data de finales de la década de los setenta e inicios de los ochenta del siglo pasado, cuando el fenómeno del desplazamiento urbano se agravó en Colombia, derivado de la guerra contra el narcotráfico, y algunas personas comenzaron a asentarse irregularmente en ciertos sectores y laderas de Medellín, entre las que se encuentran las de la comuna en estudio. Posteriormente a esto, se incursionó en las denominadas milicias urbanas que, del lado de guerrillas como el ELN y las Farc-Ep, predominaron en este espacio de Medellín, el que se estudia en este artículo. Particularmente se puede hablar del CAP, grupo de orientación marxista-leninista que fungió como defensor y contralor de ciertas acciones dentro de la Comuna 13 dado que, como el Estado no reconocía los avatares ni necesidades del territorio debido a la irregularidad con la que se asentaron, alguien debía garantizar la seguridad de la población. La tarea fue asumida por estos grupos al margen de la ley, que reclutan miembros del mismo barrio para engrosar sus filas (Olarte Martínez, 2020).

Para el periodo de la alcaldía de Luis Pérez Gutiérrez (2001-2004), se vivió un pico de violencia que jamás se había experimentado en Medellín. Las historias que se narran de esa época, las cuales parecen sacadas de películas de terror, han sido objeto de estudio actual, entre los que se destacan los de Aricapa (2015) y Montoya (2021), los cuales plasman en sus escritos la situación y la preocupación de aquella época. En ambos autores se puede ver la preocupación del alcalde por recuperar el control de la Comuna 13, dado que le parecía irregular que un alcalde no pudiera visitar todos los lugares de la ciudad de la que era el administrador. Estas razones son las que provocan la unión de la Alcaldía con el Estado para la toma de la comuna, sin importar los medios que sean necesarios para tal fin. Al respecto, Upegui Castro (2019) comenta lo siguiente:

Para el 2002, Medellín tiene un pico en los índices de violencia, pues se recrudece la guerra entre las milicias y grupos anexos al paramilitarismo, ahora concentrados en la comuna 13, San Javier. En una estrategia conjunta, gobierno nacional y local intervienen en este territorio específico, a partir de operaciones militares que atacaron los puntos identificados como de control de las milicias, exterminando a sangre y fuego, casi por completo, a este actor armado. (p. 50)

En términos generales, esta es la situación de la Comuna 13 y estos son aquellos aspectos que podrían ayudar al lector a ubicarse para una mejor comprensión de lo que se abordará en los siguientes apartados. Cabe destacar que, aunque las épocas son diferentes, en la que nos situamos actualmente, el Estado colombiano prefirió atacar con fuego, el fuego que se vivía en esta comunidad periférica de Medellín. Parte de la información obtenida para el presente escrito, se consiguió gracias a varios derechos de petición y acciones de tutela que se elevaron a varias instituciones estatales y a otras investigaciones recopiladas en los repositorios institucionales de la Universidad de Antioquia y la Universidad Nacional de Colombia.

## **Mariscal - Orión**

Para dar respuesta al interrogante planteado en la introducción, es necesario, en primer lugar, saber qué fueron las operaciones denominadas Mariscal y Orión. Estas intervenciones militares, que tanto le han costado a la población de la Comuna 13, han sido estudiadas o referenciadas por otras investigaciones previas, entre las cuales se resaltan las elaboradas por Aricapa (2015), estudio centrado en Mariscal, y la realiza por Montoya (2021), acerca de Orión. En ambas se realiza la exposición de lo que sucedió en aquellas operaciones, haciendo una reconstrucción acerca de lo que los habitantes de la comuna vivieron por los días en los cuales la guerra se apoderó de su cotidianidad. Se utilizarán ambas investigaciones para exponer lo referente al tema y luego se continuará con las cavilaciones y los aportes necesarios para responder aquel interrogante. Esto se debe a que, si no sabemos con suficiente ilustración lo que sucedió en el pasado, no sabremos cuál o cuáles son los aportes que pueden hacerse desde el ámbito educativo para la no-repetición de los hechos que llevaron al Estado a intervenir militarmente esta comuna. En una línea similar, Escobar Gómez (2019a, p. 90) nos refiere lo siguiente:

La preocupación por esclarecer la verdad de lo ocurrido está en la base de todos los acuerdos, pues en caso tal de no poder hacer esto no se podría llevar a cabo el proceso de superación del conflicto armado en Colombia.

De este modo, se hace necesario saber las condiciones que se presentaban en la Comuna 13 antes de la alcaldía de Luis

Pérez Gutiérrez, bajo la cual se ejecutaron las intervenciones militares para recuperar el orden y el control de este territorio. Igualmente, para comprender lo que sus habitantes han vivido en el desarrollo de aquellas balaceras y desapariciones que tuvieron que vivir y que se evidenciarán en las páginas siguientes. Todo lo anterior, con el fin de elaborar, a través de ello, las propuestas educativas a las que haya lugar para que el conflicto no se vuelva a repetir y establecer que las nuevas generaciones tengan más oportunidades por medio del arte, la música, el deporte, el dibujo, la academia, entre otras materias, y no vivifiquen una y otra vez los hechos amenazantes de la violencia que los antepasados han vivido.

Se debe comenzar por el hecho de que transcurría el año de 2002, año de cierta inestabilidad política dado el cambio de presidente (de Andrés Pastrana a Álvaro Uribe) que se vivió en ese año, cuando varias operaciones militares se presentaron en la Comuna 13 de Medellín, la mayor parte de ellas fueron ejecutadas por el gobierno local de la ciudad. Al menos de esta manera nos lo muestra Aricapa (2015, p. 11) cuando nos afirma que

Así, en estos barrios marginados de lo oficial, surgió lo contestatario, lo ilegal y lo subversivo que encontraron allí terreno abonado para la prédica y la acción. La respuesta oficial como en muchas partes es un poco de zanahoria y mucho garrote. Por eso mismo antes de la Operación Orión, ya se habían ensayado otras operaciones, algunas sin nombre y otras con la prosopopeya militar: Primavera (1 al 3 de febrero de 2001), Otoño (última semana de febrero de 2001), Mariscal (21 de mayo de 2002, considerado uno de los más largos y prolongados, con un número de víctimas superior a la Operación Orión), Potestad (15 de junio de 2002), Antorcha (15 de agosto de 2002), hasta llegar a la más impactante como lo fue Orión; más otras acciones previas de los organismos estatales contra reductos guerrilleros, milicianos, bandas sicariales y, en general, la delincuencia común.

Otros de los nombres de estas operaciones son Violeta, Otoño II, Marfil, Prisma, Águila, Horizonte, Orquídea, Turquesa, Transparencia, Náufrago, Azabache, Contra Fuego, Antorcha Blanca. Parecieran nombres de poemas, pero fueron intervenciones militares desarrolladas en la Comuna 13 bajo la alcaldía de Luis Pérez Gutiérrez. Alguien tenía que dar la orden de aquellos eventos y sobre los hombros de Luis Pérez Gutiérrez,

tal como se verá, recae la responsabilidad frente a los hechos ocurridos; aunque cuando las fuerzas no le dieron resultado, tuvo que pedir refuerzos de parte del gobierno nacional y del recién llegado presidente de la República (Álvaro Uribe Vélez, posesionado como presidente el 7 de agosto del 2002) para que, en una operación que fungiera como la definitiva, se estableciera quién era el que mandaba en la ciudad.

La Comuna 13 había caído en manos de los milicianos, algunos de ellos pertenecientes a las Farc-Ep, al CAP y al ELN (Villarraga Sarmiento, 2020). No obstante, es necesario preguntar cómo fue que estos grupos milicianos llegaron al control territorial en la 13 y desde qué año, aproximadamente, se ha producido este hecho. Aunque, como lo han mencionado las autoridades competentes (alcaldía y presidencia), han retomado el control de esta zona gracias a las intervenciones militares que transcurrieron durante el 2002, pero ¿por qué perdieron ese control, en primer lugar? Ante esta circunstancia, existen varias hipótesis que se pueden explorar allí: la primera de ellas es la que plantea Zapata González (2017) cuando nos dice que:

La ausencia del Estado en los territorios periféricos de la ciudad sumada las difíciles condiciones sociales, económicas, de hábitat y el aumento de robos, venta de drogas, asesinatos, generó la presencia de grupos milicianos, guerrilla y luego paramilitares cada uno con una oferta de seguridad para el territorio que fue tentadora para algunos habitantes. (p.57)

De esta forma, se puede ver que el abandono estatal ha hecho de las suyas para que aquellos 19 barrios que conforman la comuna, pues fueron terreno libre para los ilegales y sus actividades. Sin contar con el hecho de que, al interior de la Comuna 13 hay carreteras que la conectan con otros corregimientos, los cuales dejan la libertad de llegar cargamentos, entre ellos de armas y drogas, a otras zonas de país como el Urabá antioqueño y de allí a otras partes del país o del continente (Aricapa, 2015). Sumado a ello, las dificultades que tuvieron los líderes comunales en las décadas de los setenta (1970) y los ochenta (1980) cuando se comenzaron a consolidar algunos sectores como Las Independencias, Cuatro Esquinas, el Corazón, entre otros, según nos lo comenta Aricapa (2015), con el objetivo de llevar a estos barrios los servicios de agua potable, energía, pavimentación de las calles; en contrapunto se mostraba el desinterés de los diferentes alcaldes para afrontar una

problemática que era cada vez más frecuente: el desplazamiento urbano y las invasiones en las laderas periféricas de la ciudad, las cuales, con el tiempo, devinieron en nuevos barrios.

Todas estas cuestiones desembocaron en que la población creyera en quienes les brindaban seguridad y quienes les habían dado la posibilidad de tener las condiciones básicas para la vida en estos territorios; aunque su accionar no estuviera legitimado por las fuerzas del Estado, sino por grupos insurgentes con ideas de izquierda y de oposición política al poder establecido. Estas personas, en un principio, aparecieron como sus redentores porque les llevaban el agua y la energía necesarias para la vida cotidiana, luego se convirtieron en los principales ajusticiadores de quienes tenían comportamientos que iban en contra de la convivencia o se oponían a su autoridad. En los relatos y las crónicas con las cuales Aricapa (2015) nos muestra el surgimiento de los diversos barrios de la Comuna 13, también enseña los asesinatos que se realizaban por cuestiones como robos, peleas intrafamiliares, consumo de estupefacientes en lugares no autorizados, entre otras situaciones. Sin embargo, la cuestión no representó un problema, ya que, aunque no era la policía la que realizaba aquel control, la labor de las milicias permitía tener controlada a esta población y mitigar la inseguridad.

Lo que contribuyó a ser un detonante para la guerra particular de esta comuna, ha sido el ingreso de ejércitos paramilitares de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) a finales de la década de los noventa, según la misma exposición que hace Aricapa. El hecho factible era que cuando las milicias de las Farc-Ep, el ELN, el CAP se asentaron en la comuna, cada grupo sabía cuál era su “zona de influencia”, pero al llegar los ejércitos paramilitares, se vio vulnerada la “armonía” que existía entre estos grupos, lo que comenzó a generar desacuerdos entre ellos y disputas para que los recién llegados no se apoderaran de un territorio que ya tenía una autoridad establecida y no era la fuerza legítima del Estado.

Ante tales circunstancias, Luis Pérez Gutiérrez, como alcalde de la ciudad, deseaba recuperar el control de esta zona, ya que, según él, no quería ser el jefe de un gobierno local, sino podía acceder a todos los barrios de Medellín; pues, en la inauguración de un centro de salud en la Loma, tuvo que retroceder con el equipo que lo acompañaba debido a las

balas que lanzaron contra el bus en el cual pretendía asistir a este evento de su administración (Aricapa, 2015, p. 13). No solamente fue el miedo que sintió al sentirse atacado, sino el hecho de no haber podido estar presente en la inauguración de este centro de salud lo que le llevó a tomar la decisión definitiva de solicitar ayuda para culminar lo que había iniciado solo: la retoma del control a fuego y espada de estos territorios. De este modo, se justificó la intervención militar en este territorio y posteriormente solicitó, telefónicamente, ayuda a Álvaro Uribe Vélez, el presidente recién llegado, quien no se negó a la realización de la intervención decisiva que liberara a la Comuna 13 de los brazos de las milicias urbanas, aunque con ello se dejara el paso libre al ingreso de los ejércitos paramilitares y se guardara en el corazón de la comunidad como una de las más crueles jornadas en su historia que, después de dos décadas, sigue recordándose.

En este sentido, es necesario observar las dos operaciones que más han sido recordadas por los habitantes de la comuna: Mariscal y Orión. La primera de ellas, ocurrida el 21 de mayo de 2002, fue la más prolongada de todas y por la crudeza de las vivencias, se pensaba que nunca se volvería a vivir un evento como estos en Medellín, aunque el tiempo les mostraría que, ante la barbarie, no hay límites que no puedan ser batidos (Escobar Gómez, 2016). Para mostrar lo que se está queriendo decir se tienen las dos siguientes citas que ayudarán a dimensionar lo ocurrido. Se han seleccionado ambas del trabajo realizado por Aricapa (2015), quien nos enseña la crudeza de lo ocurrido a través de las narraciones de quienes han vivido esta época en la Comuna 13. Se ha pretendido elegir aquellas palabras que menos puedan herir la susceptibilidad de las personas, dado que existen algunas otras experiencias de mayor envergadura. La primera dice así:

A LAS CINCO de la mañana del martes 21 de mayo se inicia la Operación Mariscal, el operativo conjunto más grande y prolongado de los realizados hasta el momento por la fuerza pública en la Comuna 13. Unos setecientos efectivos penetran a la zona, apoyados con tanquetas militares, y dos helicópteros Black Hawk. Según informe policial, su objetivo es ejecutar órdenes de captura impartidas por la autoridad judicial contra milicianos de las FARC, ELN, CAP y AUC. Pero también según el general Mario Montoya, comandante de la Cuarta Brigada del Ejército, se hace con el fin de desbaratar un plan terrorista que la subversión tiene planeado para sabotear las elecciones

presidenciales. Después habrá otros operativos de mayor envergadura y duración, pero ninguno más doloroso que la Operación Mariscal, por el alto número de víctimas y la manera como se vio expuesta y vulnerada la población civil. A partir de entonces la ciudad y el país quedan notificados sobre la real dimensión del conflicto que se cocina en la Comuna 13. (Aricapa, 2015, p. 168)

La segunda cita nos refiere el testimonio de la jefa de enfermeras de la Unidad Intermedia de San Javier, centro en el cual se atendieron de primera mano los heridos de esta operación militar y que, para la época de la Operación Mariscal y Orión, era considerado como el hospital más grande en esta comuna y el encargado de dar los primeros auxilios a todos los que llegaban heridos (o muertos) en los enfrentamientos entre los diferentes actores armados al interior de la comuna.

Tuvimos varios casos graves. Pero el más cruel de todos, el que mí más me conmovió, y hasta me hizo llorar porque soy muy llorona, fue una niña que llegó con la cabeza destapada por un disparo de fusil. Verla llegar fue como una película de terror. La trajo en sus brazos su hermanito, otro niño que no tenía ni quince años, que se aferraba a nosotros para que le salváramos la vida. Y su hermanita ya estaba muerta. Así su cuerpo se moviera y tuviera algunas funciones, tenía muerte cerebral. Hasta que el corazón no se pare y deje de irrigar los tejidos, el pulmón tampoco se para. Sucede mucho con los heridos de bala. Uno sabe que están muertos por la midriasis paralítica: la pupila se agranda y no reacciona a la luz. Si alumbro el ojo con una linterna la pupila no se contrae. Es un signo de muerte. Pero vaya usted y explíqueles eso a los familiares, que lo están viendo moverse, que lo tocan y todavía lo sienten caliente. No le creen, porque para ellos sigue vivo. Por eso en tales casos nos toca hacer un poco de teatro, aplicar suero o hacer tal o cual maroma, hacer como si lo tuviéramos en tratamiento. Eso nos tocó hacer con esa niña. Y para acabar de completar el cuadro, al papá de ella lo capturaron en la entrada del hospital. Tal vez no tenía cédula, o del desespero no supo decir quién era, o alguien lo acusó. Lo cierto fue que la policía se lo llevó como sospechoso, yo no sé de qué. (Aricapa, 2015, p. 176)

A pesar de la crueldad de la narración expuesta, resulta que la Operación Mariscal no fue la decisiva en este territorio para controlar lo que estaba sucediendo en el conflicto particular de la Comuna 13. Aún se requería de otros esfuerzos y vincular al orden nacional para culminar la labor que había sido emprendida por el alcalde de la ciudad en solitario. Ante

estas circunstancias, se observa que el poder del gobierno local no fue suficiente para contener y expulsar las acciones de los grupos al margen de la ley. Según las cosas, era necesario el hecho de aplicar una mayor fuerza en un menor tiempo, es decir: que las fuerzas del Estado entraran al territorio de una manera feroz, pero que la intervención no durara tanto, de esto dependía el éxito o el fracaso de nuevas operaciones al interior de este territorio. Si se quería ejercer la autoridad del Estado al interior de esta comuna, se requería de la contundencia de una operación que sobrepasara las fuerzas de los milicianos que estaban apostados allí.

Además, Luis Pérez Gutiérrez, máxima autoridad y representante del Estado en la ciudad, había perdido cualquier respeto por parte de los ilegales, ya que durante los 20 operativos previos a Orión (incluyendo Mariscal), sus efectivos no lograron garantizar la seguridad de la población civil, sino que, por el contrario, aumentaba la inseguridad dado que el Ejército y la Policía fueron vistos como los nuevos enemigos a quienes se debía combatir también (Montoya, 2021). Cualquiera que fuera la intención del Estado para que las milicias de las Farc, el ELN y el CAP salieran de la comuna, la población civil devenía a ser la principal afectada por los constantes ataques frustrados y fracasados por parte de los entes gubernamentales. Ante los nuevos intentos por recuperar el control y garantizar la presencia del Estado en el territorio, era la población civil la que quedaba en medio de las hostilidades y los combates.

Con Mariscal, se llegó solamente hasta la Unidad Intermedia de San Javier. A causa de la respuesta de parte de los grupos armados, los 700 efectivos que se llevaron no pudieron atravesar el corazón de la comuna y permanecieron casi en los límites que dividen este territorio con la Comuna 12. No obstante, la intención del alcalde era clara y seguiría atacando en este lugar hasta que pudiera cantar victoria. En los meses sucesivos ejecutó, de lado de los comandantes de la Policía y del Ejército, otras operaciones sin mayor resultado, hasta la llegada de Orión; aquella operación que condujo a los ejércitos militares y paramilitares existentes en la ciudad a combatir contra las milicias de las guerrillas urbanas.

Así pues, el objetivo de Orión era que deviniera una sola intervención que valiera por todas aquellas ocasiones en las cuales se procuró un resultado, pero se fracasó en el intento.

Aunque el alcalde sabía que para llevar a cabo este operativo no podía hacerlo solo, toda vez que, en las veces anteriores, sus acciones habían redundado en el derramamiento de sangre inocente, pero que no tuvo otro efecto que el de agudizar la violencia en la Comuna 13. Por ello justificó la planeación de la nueva operación junto con las fuerzas nacionales, las cuales intervinieron por orden expresa de Álvaro Uribe Vélez, en la presidencia, y Martha Lucía Ramírez, en el Ministerio de Defensa Nacional. De esta manera, se puede ver que los diferentes frentes del Estado (nacional y local) se unificaron con la firme intención de erradicar la milicia urbana. Por solicitud expresa de Luis Pérez Gutiérrez, Álvaro Uribe dio la orden de tomar por la fuerza un territorio que, como veremos, ya estaba cansado de la violencia. Montoya (2021, p. 17) introduce la Operación Orión de la siguiente forma:

Pero esta operación era la decisiva. Se había planeado con más minucia por parte de Montuno, el general del ejército, de Gallo, el general de la policía, y de Bejarano, que no era general de nadie, pero sí era el jefe de los grupos paramilitares de Medellín. La operación gozaba del apoyo del alcalde de la ciudad, del recientemente posesionado presidente del país y de su ministra de defensa. Orión, así lo nombraron, remitía al cazador dibujado en las estrellas.

No solo se planeó con mayor minucia, sino que se ejecutó con mayor fuerza. Ya no asistieron 700 efectivos de las fuerzas del Estado, sino 1500. En los trabajos de Aricapa (2015), Rendón Rendón (2017) y Montoya (2021) están registradas aquellas voces de los que vivieron en este lugar durante los días en los que Orión descendió de los cielos míticos en los que permanecía, hasta llegar a las calles de una comuna olvidada por el Estado, para confrontar con todos sus armas y sus estrategias, las operaciones militares de algunos grupos que se habían asentado allí para hacer lo que el gobierno nacional se había negado: procurar la seguridad de la población, aunque su accionar fuera cuestionable y estuviera por fuera de las normas constitucionales. Y, en medio de aquellas disputas, se encontraban los habitantes de la Comuna 13, quienes, en su desespero, pedían que cesara la horrible noche que estaban viviendo. Por lo menos así nos lo expresa Montoya (2021) cuando escribe que:

Es la madrugada cuando las tanquetas ingresan a los dominios de las milicias. Lo hacen hasta donde las calles y el cruce de las

balas lo permiten. Meses antes, durante la Operación Mariscal, habían llegado hasta el centro de salud de San Javier. Delante de la entrada se instalaron los vehículos con sus cañones largos. A pesar de la protesta de las enfermeras y el médico de turno, los policías allanaron los consultorios. Decidieron qué heridos recibir y trasladar a otros lugares de la ciudad y cuáles dejar para que se desangraran. Varios jóvenes, sus rostros arrebujados en buzos y camisetas, recogían las granadas de gases lacrimógenos y las devolvían a las tanquetas. Entre la multitud, representantes de derechos humanos portaban chalecos con las siglas de sus instituciones, y levantaban sus brazos para detener el operativo. (p. 23)

En primer lugar, se debe mencionar el hecho de que la instalación de las tanquetas cerca a los lugares de atención médica podría ser considerado como un atentado contra la misión médica (Rendón Rendón, 2017). En la narración que hizo la jefa de enfermería que estuvo de turno durante la operación Mariscal y atendió a la niña con un disparo en la cabeza, se ve la crueldad de lo sucedido, añadiendo a esto que en el desarrollo de Orión era la misma Policía la que, apuntalada en la puerta del hospital, la que decidía quién vivía y quien moría, atentando contra la labor de los médicos que pretendían salvaguardar la vida de quienes llegaban. Poco o nada sirvieron los esfuerzos de las enfermeras y los médicos: los militares continuaron allí en la puerta del hospital desarrollando el operativo y controlando el ingreso de los heridos a la sala de urgencias.

Además, las enfermeras y los médicos no son los únicos que protestan por el hecho de que las tanquetas del Estado se habían asentado en frente de la entrada del hospital para repeler a los insurgentes de las milicias de las Farc, el ELN y el CAP. La misma ciudadanía se empecina en decirle al Ejército, a las fuerzas estatales que se vayan del lugar, que sin ellos están mejor en esa comuna porque, mal que bien, se han habituado a que el gobierno no se hiciera presente en sus vidas y que la autoridad la ejercieran los ilegales. Cuando el Estado no hace presencia en una localidad como lo es la Comuna 13, casi desde su fundación irregular en la década de 1980 e inicios de 1990, al pretender hacer presencia, se encuentra con el choque de las fuerzas ilegales asentadas y con el no reconocimiento de su autoridad por parte de la ciudadanía (Aricapa, 2015; Rendón, 2017).

Dadas estas circunstancias, la ciudadanía veía en las fuerzas estatales el origen de la problemática: una cuestión era la guerra entre milicianos y paracos, y otra muy distinta era cuando el Estado llegaba con todas sus fuerzas y fungía como el tercer enemigo que jamás pidieron y, que de hecho, nadie sabía por qué había surgido el interés por ingresar allí a pesar del abandono gubernamental, hasta que terminó Orión y les pareció más un capricho personal que un interés verdadero por la población civil (entrevista a estudiantes, 2022). Parte del rechazo que se manifiesta lo comenta Montoya (2021) cuando afirma que: “los residentes se recostaban en las puertas, en las ventanas, en los balcones, o estaban encaramados en los techos, y les gritaban a la policía y al ejército que se fueran” (p. 24).

De otro lado, se puede notar que las circunstancias que han acaecido a la sociedad civil en medio de este conflicto particular de la Comuna 13, han dejado que en su desesperación desista de la ayuda que el Estado pretende darle a la comunidad, en la figura de una intervención militar que, hipotéticamente, quería darles bienestar y garantizar la seguridad para toda la ciudadanía; aunque, para asentar esta ayuda, primero debieron someter a la sociedad a una guerra donde personas inocentes perdieron la vida, fueron desaparecidos o desplazados de sus casas y sus barrios para nunca más regresar a ellas (Rendón Rendón, 2017). En estricto sentido, el asesinato de personas inocentes, sumado a la violación de derechos humanos y el desplazamiento forzado y el despojo, son algunas de las consecuencias que se derivan de cualquier guerra (Escobar Gómez, 2019b), lo cual implica una serie de daños colaterales que no se miden hasta que ha terminado el conflicto.

Las pretensiones de Luis Pérez Gutiérrez han podido ser buenas, aunque la crueldad de los hechos también tuvo unas consecuencias que no fueron tenidas en cuenta a la hora de planear las operaciones militares y, además, ejecutar 27 intervenciones en esta comuna en cuestión de unos cuantos meses. En parte, la visión negativa que se tiene sobre las operaciones militares al interior de ciudades como Medellín se debe a la crueldad con la que los habitantes de la zona las han vivenciado. En las entrevistas que se realizaron a estudiantes de la Comuna 13, se establece que muchos de ellos han llegado a una normalización de la violencia pensando que esa realidad es la misma que se vive en todas partes, cuando lo que viven es

la herencia de las operaciones que tuvieron lugar en el 2002, en su sitio de vida, y que otros sectores de la sociedad desconocen eso que ellos han normalizado. Rendón Rendón (2017) también descubre esto gracias al trabajo que realiza con quienes vivieron en la época de la Operación Orión. Así pues, se puede establecer que la normalización de la violencia es una cuestión que se ha heredado entre los habitantes de esta comuna.

Para ir terminando de exponer lo referente a este apartado y comenzar con la elaboración de la respuesta a la pregunta planteada, se introducirán dos citas que muestran la crudeza de lo que se vivió en el desarrollo de la Operación Orión. Se comprende que, en ambas, las sensaciones que se evocan pueden herir un poco la susceptibilidad del lector, pero ambas evidencian la crueldad de lo ocurrido que, en parte, se ha mencionado en las líneas anteriores, pero que Montoya (2021) expresa con una claridad inigualable. La primera dice lo siguiente:

A veces el gentío se abría, y sorteando la humareda, dejaba pasar a un grupo de personas. Cargaban a un chico herido en el vientre por una bala. A una anciana cuya pierna había sido alcanzada por la esquirla de una granada. A un hombre que tenía los intestinos al aire. (Montoya, 2021, p. 23)

La segunda, en esta oportunidad, es de uno de los participantes de las fuerzas del Estado en la intervención que se realiza en esta comuna. Allí se nos comenta lo que sigue:

¿Qué horas son?, pregunta el subteniente. Ahora cree que ha transcurrido una eternidad desde que inició Orión. Está verificando en su reloj y de una ventana le cae un muchacho con el cráneo despedazado. Más allá hay dos cadáveres. Uno tiene un tiro en el pecho. El otro, los ojos abiertos, como sorprendido de que le hubieran incrustado una bala en la frente. (Montoya, 2021, p. 25)

Todos los hechos que se han comentado se desarrollaron al interior de Medellín, ciudad que goza en la actualidad por ser el distrito especial de ciencia, tecnología e innovación de Colombia, pero sobre sus hombros pesa la carga de la violencia que en tiempo pasado se ha desplegado en su periferia. Estos sucesos, que podrían rayar en la fantasía del realismo mágico de Gabriel García Márquez, se guardan en el imaginario de los habitantes de la Comuna 13 que, a pesar de haber pasado 20 años de lo ocurrido, siguen recordando estas vivencias como

una encarnación de lo que eran abiertamente, pero que no se ha marchado del todo sobre la faz del territorio; ya que aún las nuevas generaciones reconocen que una vez Orión descendió de sus míticas moradas para asentarse en sus barrios y perderse de nuevo en las lejanas tierras de la memoria.

La reconstrucción realizada de los hechos que acaecieron en Mariscal y Orión, en la Comuna 13, se ha efectuado para situar al lector que no conocía lo que había sucedido allí, en el 2002. Estas escenas de dolor y sufrimiento que han debido padecer los habitantes de la periferia de Medellín, son aquellas que se han debido abordar en las instituciones educativas de la ciudad para evitar que vuelvan a repetirse, sanar las heridas de las comunidades y, al mismo tiempo, proyectar un futuro distinto en el cual las personas tengan la oportunidad de elegir lo que harán por el resto de sus vidas, sin el miedo que se produce por la guerra. En los siguientes dos apartados se procurará dar la respuesta al interrogante a partir de los hallazgos a los cuales se ha llegado en la investigación de la maestría en educación que está de base en la escritura del presente artículo.

## **Recuperación del control por medio de edificios**

Cabe destacar, en primer lugar, que para la investigación se han aplicado algunas técnicas interactivas para validar, en las fuentes primarias, aquello que se consultó en otras tesis de maestría, trabajos de investigación, libros de texto y artículos indexados, los cuales se encuentran en las referencias. Las técnicas han sido: cartografía social, fotolenguaje, relatos de vida y entrevistas semiestructuradas a profundidad que se han implementado con seis estudiantes y sus familias. Del mismo modo, para la participación de los voluntarios que hicieron parte del proceso de investigación, se les solicitó el permiso por escrito en la figura de consentimientos informados, los cuales fueron firmados por los padres de familia y los estudiantes de noveno grado de la Institución Educativa Carlos Vieco Ortíz, ubicada en la Comuna 13 de Medellín (Colombia), que desearon ingresar al proceso.

Además, se han encontrado procesos de implementación o sistematización de experiencias en torno a la paz en la ciudad de Medellín como el recopilado por Barrios Caraballo (2020) en el barrio Santander. En su texto titulado *El baúl de la paz*.

*Sistematización de una práctica pedagógica de la cátedra de la paz*, nos muestra cómo, en ese lugar, se apostó a la paz a partir de una práctica de aula que consistía en registrar en un baúl aquellas problemáticas que se estaban presentando en la institución educativa y, luego de analizado cada caso, se extraía del mismo baúl la solución. Esta experiencia permitía conservar el anonimato de quienes exponían la situación, pero que deseaban transformar la realidad que les subyacía. De este modo, se comenzó a formar a los estudiantes de la institución educativa en la resolución pacífica de conflictos dado que, a cada problemática, se le buscaba una alternativa diferente, haciendo que cada una se estudiara bajo el modelo de casuística que, si bien se trabaja en otros contextos, permitió que se plantearan diferentes vías de solución a partir de eventos reales.

La Comuna 13 vivió un proceso similar, aunque aplicado a una escala mayor. Esto se debe a que las problemáticas de la comunidad eran más profundas y estaban más arraigadas en la mentalidad de los habitantes, así que, por principio, había que hacer una reconstrucción del tejido social a partir de la participación de la ciudadanía (Escobar Gómez, 2019b) y la resignificación de los espacios en que los habitantes moraban. Por principio, el gobierno local comenzó a implementar una serie de transformaciones arquitectónicas que implicó, según Upegui Castro (2019), las siguientes reformas principalmente: la carrera 99 (una de las vías de acceso más usadas por los moradores de la comuna) fue renovada y devino en el sitio primordial para el comercio; se construyó el Parque Biblioteca Presbítero José Luis Arroyave Restrepo, que se sitúa al lado de la estación del metro; también se creó la Pantalla de Agua, las Escaleras Eléctricas que ahora son los lugares más turísticos de este territorio; se consolidó un cable aéreo que conectó una parte de la comuna con el sistema de transporte masivo de la ciudad; se reconstruyó la sede principal de un colegio y se construyó otro; para terminar, lo que fue la antigua cárcel para mujeres el Buen Pastor se destruyó para edificar allí una Ciudadela Universitaria que lideraría la revolución tecnológica que en la ciudad comenzó a gestarse con la alcaldía de Daniel Quintero Calle.

Estas intervenciones que se gestaron en la comuna, lejos de ver nuevamente al fusil como una forma de controlar a los que no tenían nada que ver con el conflicto, comenzó a dar

a las personas una nueva visión de lo que era su territorio, ya que anteriormente los espacios eran distintos a lo que ahora se tiene ante los ojos. Pese a estas intenciones del gobierno local por generar las transformaciones de la comuna mediante la construcción de edificios, es necesario afirmar que estos esfuerzos son necesarios, pero insuficientes si no se acompañan de otras acciones que contribuyan a transformar la mentalidad de los pobladores que la habitan y que ellos sean los gestores de este cambio. Esto quiere decir que, los moradores del territorio de la Comuna 13 deben comprometerse con darle distintos significados a lo que ellos han habitado durante años sin término. Escobar Gómez (2016, p. 108) comenta al respecto que:

Una de las cuestiones que no hemos aceptado para construir la paz que tanto queremos y necesitamos en este país, es que para ganar, todos debemos perder algo. Todos debemos participar en la construcción. No hay nadie que pueda escaparse a ella si de verdad quisiera verla convertida en una realidad.

Ante lo dicho, se hace necesario advertir que la construcción de edificios en una comunidad en la que la violencia tuvo tales dimensiones, como las que vimos en los apartados anteriores, no es suficiente. Es primordial que los habitantes del territorio participen activamente de la transformación y que los gobiernos locales, más allá de llevar edificios que pueden deteriorarse con el tiempo o dejar de funcionar<sup>2</sup>, instauren acciones que transformen la mentalidad de las personas que piensan que volverán a intervenir militarmente la Comuna ante nuevas manifestaciones de violencia.

En estricto sentido, las víctimas del conflicto armado tienen derecho a una reparación integral de cara a los hechos que han debido padecer en los años de conflicto. Si bien es cierto que en el presente escrito se está haciendo un especial énfasis en el período de la violencia de la Comuna 13, comprendido entre el 2001 y el 2003, no implica que sea el único que haya tenido lugar en este territorio, ya que ha habido otros como el desarrollado entre el 2008 y 2009, que, según Aricapa (2015), ha dejado diversas víctimas mortales, aunque no han sido tan

.....  
2 Como el hecho de que la Pantalla de Agua se quedó sin agua durante más de dos años que duró la pandemia derivada del Covid-19 por el mero hecho de que ningún turista iba a visitarla.

fuerzas como el que se está estudiando ahora. Con todo esto, según Muñoz Murillo (2013), cuando se presenta una guerra como la ocurrida en esta comuna, debería haber existido un modelo de justicia transicional que, durante una temporalidad determinada, sirviera para juzgar a las personas que estuvieron involucradas en el conflicto y que violentaron los derechos básicos de la población civil.

Sin importar que los juzgados sean los milicianos, los paramilitares o el Ejército nacional, todos los actores que propiciaron el conflicto y la violencia tendrían que haber comparecido ante ese modelo de justicia. Por desgracia, es habitual escuchar en Colombia que solamente aquellos que fungen con una violencia ilegítima, como los militantes de las Farc y el ELN (milicianos) o de las extintas AUC (paramilitares), sean los que paguen por los crímenes cometidos, mientras que los miembros de la fuerza pública no van a prisión a pesar de que hayan cometido crímenes de lesa humanidad, por la sola razón de que son el brazo estatal o representan la violencia legitimada por la constitución. Sin embargo, se tienen casos emblemáticos en Colombia que muestran que las maquinarias estatales han cometido delitos, como el asesinato de Dylan Cruz, el 23 de noviembre del 2019, en una marcha de oposición al gobierno o la muerte de Javier Humberto Ordoñez Bermúdez, el 9 de septiembre de 2021, quien fue asesinado en Bogotá por dos policías y, posteriormente, el caso provocó la indignación de la ciudadanía, este suceso generó varias protestas por el exceso de fuerza por parte de los policías.

Es de notar que estos dos últimos casos han causado un revuelo nacional, dado que han quedado registrados los asesinatos por cámaras y las imágenes fueron subidas a las redes sociales, por lo cual se viralizó rápidamente causando un estallido social en ambos casos. No obstante, en la Comuna 13 las cosas pasaron de una manera más silenciosa, puesto que son pocos los registros fotográficos que se tienen al respecto y los mejores han sido tomados por Jesús Abad Colorado, periodista que ha dedicado su vida entera a registrar el conflicto armado en el país. Para el caso particular que nos convoca en el presente artículo, la potencia de reconstrucción de los hechos es el testimonio de las víctimas que han sobrevivido a tales circunstancias, porque ha habido otras, tal vez cientos de ellos que no han podido testimoniar debido a su desaparición. Según nos dice Restrepo Uribe (2018, p. 80):

En Colombia las prácticas para hacer desaparecer a los testigos van desde desfigurar los rostros y el cuerpo, quemarlas y rociarlas con ácido, hasta desmembrarlas y arrojarlas a los ríos para que las corrientes se lleven los trozos de carne y terminen en una fosa común como NN, imposibles de reconocer.

Baste decir que, en la Comuna 13 esa fosa común es conocida como la Escombrera, en donde, según los comentarios recogidos en las entrevistas realizadas para la presente investigación, podrían reposar entre 3000 y 5000 cuerpos, que después de 20 años siguen sin ser exhumados. Ante tales circunstancias, se debe establecer que la crueldad de lo ocurrido no va a ser transformada únicamente con la construcción de una serie de edificios que pretenden dar un significado diferente de lo que antes era un escenario de combate. La sociedad necesita saber la verdad y que los cuerpos allí enterrados sean identificados y liberados para que las madres y familiares que los buscan (como el colectivo de Mujeres caminando por la Verdad y la Corporación de la Madre Laura) puedan tener un descanso, saber dónde están los cuerpos de sus hijos, hacer el duelo para que posteriormente puedan volver a creer que una Colombia distinta es posible. Sin embargo, desde que no haya una verdad completa, los edificios van a seguir existiendo sobre la sangre y la memoria de todos aquellos que han desaparecido en el conflicto armado, particularmente el ocurrido en la Comuna 13. Los edificios deben estar acompañados de otras acciones que estén enfocadas en la reconstrucción del tejido social y de las causas que han originado esta guerra, para luego generar verdaderos compromisos que garanticen la no repetición de lo ocurrido. Bajo esta perspectiva, es necesario defender nuestros puntos de vista: la educación es el escenario que posibilitaría esta transformación de la sociedad, idea que se defenderá en el siguiente apartado.

## **La educación y la escuela como escenarios para resignificar los espacios de dolor**

Todo el recorrido efectuado hasta ahora ha sido una contextualización a la pregunta que ya se ha formulado anteriormente y cuya respuesta plena se espera consolidar en el presente apartado. ¿Cómo la educación contribuye a que las escenas de dolor y desgarramiento por episodios de violencia acaecidos en el pasado puedan sanar, y así construir una sociedad

distinta, en la cual las nuevas generaciones no vivan los albores de la guerra sin olvidar aquello que han vivido sus padres?

Cuando un territorio se ha visto afectado por hechos tan violentos como los sucedidos y descritos en la Comuna 13, es casi imposible el hecho de que las nuevas generaciones, posteriores a las intervenciones militares del 2002, olviden lo que ellas representaron para el territorio que habitan. Los colectivos existentes en medio de la comunidad se han encargado de mantener viva la memoria y, a través de pintar diversos murales, enseñan lo que sucedió en esos días que partieron en dos la historia de esta comuna. Además, otros investigadores como Aricapa (2015) y Rendón Rendón (2017), y literatos de la talla de Montoya (2021), también han procurado registrar los hechos que giraban en torno a las operaciones militares ocurridas en el 2002, por solicitud expresa de Luis Pérez Gutiérrez y autorización de Álvaro Uribe Vélez; sin contar con el Informe Final de la Comisión de Esclarecimiento de la Verdad que el 28 de junio de 2022 hizo público el reporte al que llegaron luego de la investigación que efectuaron acerca de los hechos narrados en el presente artículo.

Así pues, se puede ver que, a pesar de haber transcurrido 20 años de los sucesos, estos siguen influenciando la memoria de las personas que han vivido estas operaciones militares y, al mismo tiempo, siguen influenciando investigaciones como la presente, que buscan ser la voz de aquellos que ya no están justamente para defender sus testimonios y que estos no caigan en el olvido. El presente escrito es el inicio de una serie de artículos y de textos que pretenden aportar a la instauración de una memoria escrita que dé cuenta de las vivencias que centenares de personas han padecido bajo el primer mandato del expresidente Álvaro Uribe Vélez. Esto se hace bajo la esperanza de que se pueda consolidar proyectos que aseguren una transformación de la sociedad, también para que pueda liberar los antiguos dolores que se tienen a causa de una guerra cuyas heridas no han cerrado del todo.

Compartiendo la idea de Valencia Zapata (2021), cuando afirma que “la escuela tiene la responsabilidad de contribuir a la construcción de una sociedad que sea equitativa e incluyente” (p. 35), se establece que desde las aulas de clase se pueden generar estrategias que fomenten la educación para la paz y que se formen nuevas generaciones de personas con la

capacidad crítica para marcar una diferencia con respecto a su pasado, de tal manera que ellos decidan actuar diferente ante una situación determinada. La cuestión sería que no tenga que haber alguien diciéndole a los estudiantes que hagan o dejen de hacer, sino formarlos para que estos sean quienes lo hagan y lo apliquen, incluso en escenarios no educativos. Es decir que, las nuevas generaciones sientan la necesidad de actuar de una forma diferente, resolviendo los conflictos pacíficamente, renunciando al ejercicio ilegítimo de la violencia en las diversas esferas en las que se desarrollan: escuela, familia y sociedad (Cabezudo, 2014).

Además, se debe reconocer que, en la esfera educativa, el desarrollo de diversas actividades de aula que contribuyen a la búsqueda de la verdad de las causas históricas que originaron el conflicto armado son de vital importancia para esa reconstrucción del tejido social, particularmente, de la reconstrucción que ha necesitado la Comuna 13, para que los hechos ocurridos antes y durante Orión no vuelvan a repetirse y, de este modo, eliminar cualquier posibilidad de una nueva guerra en este territorio. Así, se reconoce, junto con Esquivel Marín y García Barrera (2018), que

El aula es el espacio para aprender la aceptación de los que vemos como diferentes, de reconocer el valor de la diversidad cultural, de reconocer en el resto de los compañeros el complemento social del que cada niño necesita para su desarrollo integral. (p. 266)

De esta manera, es necesario advertir que las estrategias a implementar deben contar con la participación de los estudiantes, quienes están motivados para hacer parte de una transformación positiva de su territorio por medio del arte, la educación, la música, la danza, la pintura y otras manifestaciones, en las que puedan depositar su creatividad y sus nuevas perspectivas del mundo. Ellos ya no desean atarse a un territorio, sino que pretenden viajar, conocer nuevas culturas, estudiar en la universidad, apropiarse de otros espacios que no sean estrictamente de su comunidad para conocer otras realidades diferentes a las suyas (Cabezudo, 2014). Estas circunstancias son las que posibilitarán el cambio, la transformación total y la reconstrucción del tejido social que aún, después de 20 años, sigue herido por los hechos ocurridos en el 2002. De esta manera, se nos comenta lo siguiente:

En realidad, la Educación por y para la Paz no tendría ningún sentido ni sería suficiente sin la ejecución de actividades que apelen a la participación de estudiantes en este tipo de prácticas educativas en que asumen un rol activo como agentes colaboradores y transformadores de la comunidad. (Cabezudo, 2014, p. 226)

Los estudiantes deben apropiarse de su territorio, aportar ideas para que este sea distinto y, de la misma manera, ellos sean diferentes, eliminando las posibilidades para que el pasado tormentoso que han vivido vuelva a repetirse. Este hecho debe expandirse a cualquier lugar en el cual se ha presentado algún episodio de guerra o violencia, toda vez que las acciones que enseñen a habitar de otra forma los entornos y a resolver pacíficamente nuestros conflictos son lo que harán que la guerra y la violencia se reduzca a unas pocas manifestaciones, hasta su desaparición de la comunidad que trabaja para la paz y la sana convivencia. En el ámbito escolar, es necesario consolidar proyectos como escuelas de líderes, de danza, arte, pintura, teatro, música u otras actitudes, para mostrar que existen otras posibilidades, que no solamente es con las armas que se logrará transformar la realidad de nuestra nación o de cualquier nación que haya vivido experiencias de conflicto. Sin embargo, también se debe dejar espacio para la memoria de lo ocurrido y cómo está contribuye a la no repetición de esos hechos que en el pasado nos han atormentado (Jelin, 2002; Ricoeur, 1992).

En la experiencia tenida como docente en la Institución Educativa Carlos Vieco Ortiz, ubicada en la Comuna 13 de Medellín, para el área de ciencias sociales, historia, geografía, constitución política y democracia, he observado una tendencia a la transformación de los estudiantes siempre y cuando se utilicen estrategias diferenciadas de educación. Esto quiere decir que, en el trabajo realizado con los estudiantes, estos responden satisfactoriamente ante cambios en la metodología de enseñanza, lo cual les motiva, en primer lugar, a comprometerse más con su educación y, en segundo lugar, explorar cuestiones relacionadas con la creatividad les reta y les agrada. En palabras de una de las estudiantes que participó de la técnica de la entrevista: “está en nosotros los jóvenes, los niños, reconocer nuestra historia y tratar de no repetirla. El que no conoce su historia está condenado a repetirla. Nosotros sí sabemos nuestra historia y queremos cambiarla”

(J. Escobar, comunicación personal, 07 de julio de 2022). Este reconocimiento que hace ella, nos muestra que los jóvenes tienen la disposición del cambio, y saben que lo harán si se hace por medio del arte, la educación, la música, la danza, el hip hop, el cine, la literatura. Es decir, se debe apelar a cuestiones diferenciadas para obtener resultados diversos (Esquivel Marín y García Barrera, 2018).

En esta institución, existían diversas metodologías de enseñanza, unas de las cuales se basaban en el tradicionalismo haciendo que los mismos estudiantes fueran pasivos en la construcción de su conocimiento: en las clases debían permanecer sentados escuchando al profesor, mientras este vertía sobre ellos el conocimiento que tenía para luego evaluar la capacidad que tenían para retener la información que se les daba. Ante tales circunstancias, los estudiantes mostraban cierto grado de aburrimiento y de rechazo frente a estas metodologías. No obstante, cuando se adoptaban otras que fueran basadas en la IAP (Investigación-Acción Participativa), se lograba ver que ellos no solo disfrutaban más de las clases, sino que podían comprender de una manera más profunda los conocimientos adquiridos en estas. Así pues, en la idea de una educación para la paz, con la que se pretenda dejar algunos pilares para las garantías de no repetición, se debe visualizar una versión distinta de las metodologías utilizadas en el desarrollo de las clases, con el objetivo de privilegiar la participación y la interacción de los jóvenes con la educación que ellos están recibiendo.

La cuestión no es buscar quién es el culpable de la violencia acaecida hace dos décadas, sino saber cómo se impedirá que esa violencia surja nuevamente, para esta esfera educativa. Si nos quedamos atados a la pregunta sobre quién o qué es el culpable de lo sucedido (Galtung, 1998), ¿cuándo se hablará de las garantías de no repetición y de aumentar las oportunidades para que los jóvenes transformen su realidad sin tener que recurrir a las armas como solución a sus problemas? Ahí es donde entra la educación a formar nuevos matices para que las nuevas generaciones cambien los actos de violencia y se devengan en exploradores de iniciativas de educación para la paz (Fisas, 1998).

Esto quiere decir que los estudiantes, en la actualidad, privilegian el conocimiento cuando ellos son constructores de

este y se sienten más motivados cuando el docente los vincula a la clase, de tal manera que, se fundan sus roles en una misma manifestación de consolidación de las redes de saberes. Esto implica que, cuando en la educación comienzan a establecerse pilares diferenciados y se desarrollan las clases de una manera distinta a la tradicional, existe una mayor probabilidad para consolidar la resiliencia necesaria para que los estudiantes comiencen a transformar sus vidas (Carreño Barreto, 2016) y el entorno con el cual interactúan. Ese capital humano deriva en capital social que aplicará en la sociedad lo aprendido en las aulas de clase. De este modo se puede ver que cambios en la educación alcanzan a impactar de una forma positiva la comunidad, en la cual está emplazada.

De otro lado, se puede ver que no importa la edad de quienes están inmersos en la educación: pueden ser niños o adolescentes, ellos perciben la violencia y también permiten conducir sus caminos si se elige la metodología adecuada para ellos. Los niños, según la investigación llevada a cabo por Vanegas Morales y Castaño González (2019), pueden ver la violencia reflejada en, por ejemplo, los golpes que se lanzan en una pelea y los adolescentes la visualizan como los gritos o las malas notas que docentes les manifiestan de una manera injustificada. No obstante, cuando ellos participan de la construcción de su conocimiento y se vinculan en las actividades de clase por medio de la IAP, se dan cuenta de que sus acciones son tenidas en cuenta, que sus opiniones valen la pena y que se confía en ellos al darles mayor responsabilidad en sus procesos de aprendizaje, lo cual se refleja en su desempeño académico y en sus relaciones interpersonales. Así, por lo menos, la escuela se convierte en ese eje que articula los discursos de paz con la práctica de la paz que se espera en la sociedad civil (Londoño Saldarriaga, 2019), sin contar con el hecho de que entre los estudiantes (en la visión de un currículo oculto) aprenden a actuar en determinados espacios escolares de una forma diferenciada cuando notan que el docente les permite una mayor apropiación del conocimiento, gracias a los vínculos que realiza con estos y la motivación que les da en los procesos que ellos llevan a cabo.

A pesar de estos logros que se manifiestan en la enseñanza, y según la experiencia que el autor del presente artículo ha tenido en medio del conflicto armado en la Comuna 13, también pueden gestarse una serie de dificultades que Ortegón Suárez

(2017) señala en tres aspectos diferenciados: i) desinterés por parte de la institución educativa, ii) las creencias de las familias de que el docente está adoctrinando a los estudiantes con ideas distintas a las imperantes en el territorio, o iii) los problemas para conectar con los propósitos que se desean transformar. En la experiencia personal que he tenido, jamás me he encontrado con esta última; no obstante, puede ser posible que, por el hecho de tomar una metodología determinada, algunos estudiantes se queden por fuera a causa de la personalidad que cada uno tenga o de las dificultades familiares que puedan tener; aunque, en estricto sentido, el hecho de tener una forma de enseñanza que sea dinámica puede contribuir al hecho de que todos los estudiantes se vinculen a los procesos educativos. Ahí comenzaría a imperar la importancia de la lectura del contexto que se realice por parte del docente.

Incluso, se puede pensar que la manera en la cual se evalúan los estudiantes puede tener influencias directas con la apropiación de la metodología: debates, estudios de caso, grupos focales, talleres escritos, exposiciones, investigaciones *in situ*, actividades al aire libre, caminatas ecológicas, paseos a zonas diferentes al aula de clase, el juego como forma de aprendizaje, la música como instrumento de enseñanza y de denuncia, son los elementos que integran la diversidad en la metodología basada en la participación constante de los estudiantes al interior de la clase, lo cual hace más diverso y dinámico el aprendizaje y, por otro lado, los motiva a ser innovadores en sus quehaceres. Cuando se piensa la educación desde esta diversidad, se nota que los padres de familia y las instituciones comienzan a cambiar de mentalidad, dado que ven los resultados que arroja este asunto. Todo esto resulta diferente a lo convencional y tradicionalista, sin embargo, al momento de querer transformar una comunidad determinada como lo ha sido la Comuna 13, es necesario salir de los cánones de una educación instrumentalizada y verla con el dinamismo propio de las juventudes, que, en nuestra época, esperan cambios sustanciales en sus vidas a través de la asistencia al aula de clases.

Se puede observar que la respuesta a la pregunta planteada estriba en el dinamismo que pueda dársele a la educación. Bajo la perspectiva que se viene mencionando, es necesario que se transformen las metodologías de enseñanza si se quiere que los resultados que se pretendan de ella sean diferentes a los que tradicionalmente se han tenido como sociedad.

Nótese, incluso, que en el Acuerdo Final de Paz firmado entre el Gobierno Nacional y las Farc-Ep (2016) se establece que uno de los pilares es la participación de la ciudadanía en proyectos que impliquen la transformación de la realidad que subyace en su entorno. La cuestión no es solamente llenar de edificios nuevos una comuna o contar la verdad de lo ocurrido, sino acompañar estos procesos con acciones de enseñanza que les conduzca al reconocimiento de que otro mundo es posible si cortamos con las cadenas del tradicionalismo y comenzamos a instaurar una real participación en la construcción conjunta de conocimiento. conocimiento.

## Conclusiones

La Comuna 13 de Medellín ha tenido un pasado en el cual la guerra y la violencia tuvieron una incidencia en la consolidación de la subjetividad de varias generaciones de ciudadanos. Del mismo modo, es necesario observar que las operaciones militares ocurridas en el 2002 han marcado un antes y un después en la comunidad, ya que les mostró esta y a toda la ciudad, la crudeza de lo que estaba sucediendo en ese territorio. La crudeza de lo que sucedió los ha llevado a afirmar de diversas formas que la guerra no debe repetirse y que el Estado no debe intervenir de la misma manera en un territorio, tal como lo hizo con esta comuna, puesto que esta forma de intervención derivó en grandes costos de capital humano, en innumerables desapariciones y secuelas psicológicas y sociales.

Por otro lado, es necesario reconocer que cuando el Estado desea hacer presencia en un territorio lo debe hacer mediado por acciones sociales que transformen la comunidad y no solamente la construcción de edificios, los cuales pueden deteriorarse con el tiempo. Lo que se requiere en estos territorios es el acompañamiento social y humano desde diversos frentes, que permitan el establecimiento de nuevas formas de ver el mundo y que les enseñen a las personas a dar un significado diferente a sus acciones, a las representaciones que tienen de los lugares que habitan y que, al mismo tiempo, otorguen la posibilidad de participación ciudadana de un proceso que le afecta directamente.

Para culminar, es primordial advertir que la educación, desde los diversos frentes, tiene mucho que decir al respecto, siempre

y cuando, los docentes quieran romper con el tradicionalismo que impera en muchas metodologías de enseñanza-aprendizaje, con el fin de darles un papel central a los estudiantes en la construcción de su propio conocimiento. Que ellos se apropien de sus procesos, aplicando sus principios en la familia, en la sociedad, en el barrio con los demás amigos. Tan solo si aplicamos estrategias no convencionales ni tradicionales, se podrá comenzar a ver algunos cambios en nuestra sociedad, pero se requiere que se empleen más medios para lograr este asunto y que no sea solamente la edificación de espacios, los cuales, en su totalidad, no ayudan a cambiar la mentalidad de las personas.

## Referencias

- Aricapa, R. (2015). *Comuna 13. Crónica de una guerra urbana. De orión a la Escombrera*. Ediciones B.
- Barrios Caraballo, A. J. (2020). *El baúl de la paz. Sistematización de una práctica pedagógica de la cátedra de la paz* [tesis de maestría, Universidad de Antioquia]. Repositorio Institucional. <https://bibliotecadigital.udea.edu.co/handle/10495/16404>
- Cabezudo, A. (2014). Educación para la paz, los derechos humanos y el desarme: desafío pedagógico de nuestro tiempo. Una perspectiva latinoamericana. Caso tipo Colombia. *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*, (19), 215-228. [http://investigaciones.uniatlantico.edu.co/revistas/index.php/cuadernos\\_literatura/article/view/1293](http://investigaciones.uniatlantico.edu.co/revistas/index.php/cuadernos_literatura/article/view/1293)
- Carreño Barreto, R. (2016). *Capital social y conflicto armado: una indagación en diferentes municipios de Colombia sobre la resiliencia social ante la violencia* [tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia]. Repositorio Institucional. <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/59002>
- Escobar-Gómez, J. A. (2016). Educar para no repetir el conflicto armado. *Quaestiones Disputatae: Temas en Debate*, 9(19), 103-116. <http://revistas.ustatunja.edu.co/index.php/qdisputatae/article/view/1112>

- Escobar-Gómez, J. A. (2019a). Nunca más. Elementos para no repetir el conflicto armado en Colombia. *Cultura, Educación y Sociedad*, 10(2), 85-96. <https://doi.org/10.17981/cultedusoc.10.2.2019.07>
- Escobar-Gómez, J. A. (2019b). El futuro es de todos. Estudio del Acuerdo Final a través del concepto: participación. *Cultura, Educación y Sociedad*, 10(1), 79-91. <http://dx.doi.org/10.17981/cultedusoc.10.1.2019.06>
- Esquivel Marín, C. G. y García Barrera, M. E. (2018). La educación para la paz y los derechos humanos en la creación de valores para la solución de conflictos escolares. *Revista Justicia*, 23(33), 256-270. <https://doi.org/10.17081/just.23.33.2892>
- Fisas, V. (1998). *Manual del buen explorador en iniciativas de cultura de paz*. El programa transdisciplinar de la Unesco. Unesco.
- Galtung, G. (1998). *Tras la violencia 3R: reconstrucción, reconciliación, resolución. Afrontando los efectos visibles e invisibles de la guerra y la violencia* (T. Toda, trad.). Editorial Barkeas. <https://www.gernikagoraturuz.org/wp-content/uploads/2020/05/RG06completo.pdf>
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI de España Editores S.A.
- Londoño Saldarriaga, L. S. (2019). *La escuela como espacio articulador de los discursos de paz: currículo oculto versus currículo manifiesto* [tesis de maestría, Universidad de Antioquia]. Repositorio Institucional. <https://bibliotecadigital.udea.edu.co/handle/10495/14230>
- Montoya, P. (2021). *La sombra de Orión*. Penguin Random House.
- Muñoz Murillo, E. A. (2013). *El derecho a la reparación de las víctimas del conflicto armado interno: reparación excepcional en el marco de la justicia transicional* [tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia]. Repositorio Institucional. <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/75336>

- Olarte Martínez, J. A. (2020). *La construcción de problemas socialmente relevantes en la agenda pública de desplazamiento forzado intraurbano en la comuna 13 de Medellín, 2004 – 2016* [tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia]. Repositorio Institucional. <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/78774>
- Ortegón Suárez, J. A. (2017). *Enseñar en medio de la guerra y de la transición hacia la paz: reflexiones de docentes que enseñan sobre conflicto armado en contextos escolares* [tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia]. Repositorio Institucional. <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/60905>
- Presidencia de la República y Farc-Ep. (2016, 24 de noviembre). *Acuerdo final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera. 24 de noviembre de 2016*. Oficina del Alto Comisionado para la Paz. <https://www.jep.gov.co/Documents/Acuerdo%20Final/Acuerdo%20Final.pdf>
- Rendón Rendón, Y. A (2017). *Comuna 13 de Medellín. El drama del conflicto armado*. Pulso & Letra Editores.
- Restrepo Uribe, L. M. (2018). *El arte como eje articulador del proceso ético y formativo en víctimas del conflicto armado interno colombiano* [tesis de maestría, Universidad de Antioquia]. Repositorio Institucional. <https://bibliotecadigital.udea.edu.co/handle/10495/9532>
- Ricoeur, P. (1992). *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid.
- Upegui Castro, L. (2019). *Equipamientos sociales y resignificación del espacio: experiencia de la Comuna 13 - San Javier, de Medellín, 2005 - 2015* [tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia]. Repositorio Institucional. <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/69466>
- Valencia Zapata, F. M. (2021). *Transformación del conflicto escolar. Una apuesta por el fortalecimiento de ambientes de aprendizaje* [tesis de maestría, Universidad de Antioquia]. Repositorio Institucional. <https://bit.ly/3op9Q3M>

- Vanegas Morales, A. C. y Castaño González, C. Y. (2019). *Las violencias y sus representaciones sociales desde la experiencia narrada de niños y niñas para reconfigurar una práctica pedagógica desde la alteridad* [tesis de maestría, Universidad de Antioquia]. Repositorio Institucional. <https://bibliotecadigital.udea.edu.co/handle/10495/15002>
- Villarraga Sarmiento, A. (2020). *Los acuerdos especiales (humanitarios) entre el Estado y las guerrillas en Colombia: 1980 - 2020* [tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia]. Repositorio Institucional. <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/79371>
- Zapata González, D. A. (2017). *Urbanismo de la periferia y territoriales de la violencia urbana, Comuna 13 Medellín 2004 - 2015* [tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia]. Repositorio Institucional. <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/59677>